

y mi fe nunca te falta.  
 — Lo sé bien y lo que digo  
 no es un reproche. Esperaba  
 pensando cómo estarías  
 en palacio cortejada.  
 Seguro estoy de que ha sido  
 tu galán, ese á quien llaman  
*su excelencia cbica*; juro  
 que con melosas palabras  
 y maneras y...

— Celoso.

— Ese don Carlos se basta  
 para hacer de enamorado  
 dentro y fuera de su casa.

— Es verdad, bailó conmigo;  
 algo me habló, pero nada  
 obtuvo como respuesta;

pues puede el mismo monarca  
 venir á pedir mi mano  
 dejando el trono en España

y al Rey diré lo que á todos:  
 tengo un amor en el alma,  
 y ese, será hasta la muerte

para Gonzalo de Tapia!

— Gracias, hechicera mía;  
 de rodillas te doy gracias.  
 Y no le temo á este Carlos  
 ni á otro mejor que más valga.

— Gonzalo, si tú supieras  
 que en esta noche me alarma  
 un triste presentimiento;

estoy inquieta, turbada,  
 como si esta ocasión fuera  
 la última en que nuestras almas  
 se dicen sus sentimientos...

— ¿Pero á qué temes?

— ¡Hay tantas

gentes que son tan nocivas!  
 Pero alguien se acerca... aguarda.

. . . . .

Como esquivando testigos  
 cerró su balcón la dama.

Gonzalo de pie en la acera  
 vió sereno al que llegaba.

— ¿Quién sois? — el recién  
 venido le preguntó.

— Pues me extraña

la pregunta, ¿qué os importa?

— Supongo que usáis espada.

— Soy hidalgo y caballero  
 y nunca gasto otras armas.

— Seguidme si sois hidalgo.

Y ambos de prisa y con rabia

fuéronse á la obscura calle

que San Ildefonso llaman,

y cabe los negros muros

del colegio, cruzan raudas

las hojas de sus aceros,

y á las pocas estocadas

uno cayó en las baldosas

bañado en sangre y sin alma.

El matador, encubierto

con negra y flotante capa

en dirección de palacio

siguió violento la marcha,

con terror, volviendo á veces

atrás la incierta mirada,

como si alguien lo siguiera

trasformado en un fantasma.

Y á los pálidos reflejos

de la luna ya nublada

y al resonar de los pasos

de la calle solitaria

surgir mirábase tristes  
 tenues y brillantes ráfagas  
 de la punta del estoque  
 ya empapado en sangre humana.

## III

Á la mañana siguiente  
 en su espléndida carroza  
 á la habitación de Clara  
 llegó el Virrey en persona.  
 Con la madre de la joven  
 habló cerca de una hora  
 pidiendo para don Carlos  
 la doncella por esposa.  
 La madre llamó á su hija,  
 conversó con ella á solas  
 diciéndole que esperaba  
 que consintiese en tal boda;  
 que el hijo del Virrey, era  
 de cualidades notorias  
 y que el enlace era bueno  
 para la familia toda.  
 — Dadme un plazo — agregó Clara.  
 — La respuesta ha de ser pronta.  
 — Con media semana tengo  
 para pensarlo...

— Y si es corta,  
 tomad la semana entera;  
 dijo el Virrey — estas cosas  
 deben de ser bien pensadas.  
 Volveré cuando conozca  
 que el plazo ya está cumplido,  
 pues no daña la demora.  
 Y no bien se hubo alejado,  
 hija y madre estando solas,  
 oyeron unas campanas  
 tañer lentas y sonoras.

— ¡ Doblan en San Ildefonso !

— Es verdad.

— ¿ Y por quién doblan ?

— No sabes Clara que ha muerto  
 un colegial; esta historia  
 pica en tragedia; me cuentan  
 que anoche anduvo á deshoras  
 escapado del colegio  
 en contiendas amorosas,  
 y que cuando ya tornaba  
 cerca de lucir la aurora  
 á su celda, lo mataron;  
 y por fortuna, la ronda  
 no pasó por esa calle;  
 y al verlo, alguna persona  
 avisó al colegio y pudo  
 tener una cama honrosa  
 su cadáver.

— ¿ Y quién era ?

— Un chico de buena ropa,  
 y de buen aspecto; dicen,  
 que su familia es de nota,  
 era hijo de Alonso Tapia.

— ¿ Su nombre ?

— ¿ Tanto te importa ?  
 Has palidecido y tiembblas.

— Su nombre, madre...

— ¡ Te ahogas !  
 me han dicho que se llamaba  
 Gonzalo...

— ¡ Gonzalo !

— Toma,

¿ dónde vas ? espera, niña,  
 ¿ qué te pasa ? ven... no corras.  
 Y llegando á la escalera  
 Clara cayó en las baldosas  
 lívida como un cadáver

y con semblante de loca.  
— Era al que yo amaba — dijo  
era mi pasión, señora,  
y al matarlo han dado muerte  
á mi ilusión más hermosa.

La madre mirando á Clara  
en una aflicción tan honda  
con lágrimas y con besos  
la consuela y la conforta.  
La doncella llora y grita,  
y en sus quejas dolorosas  
dice: « ¡Gonzalo! ¡Gonzalo!  
¡Te amé con el alma toda  
y juro por mi ternura  
que para honrar tu memoria  
ninguno será mi dueño,  
pues seré de Dios esposa! ».

## IV

Como no hay en este mundo  
en los do'ores supremos  
para lograr aliviarlos  
mejor bálsamo que el tiempo.  
cuando Clara estuvo en calma  
dijo á su madre: — Yo quiero  
para encontrar la ventura  
tomar en el claustro el velo.  
¿ En dónde?... para que nunca  
de esta casa viva lejos  
la Encarnación he elegido.  
— Y yo tu elección apruebo.  
Como desde que profeses  
sola en el mundo me quedo  
ni necesito esta casa  
ni vivir en ella quiero.  
Voy á cederla á las monjas  
como condición poniendo

que tú la habites, cerrando  
para siempre, por supuesto,  
las puertas y los balcones  
con unos muros eternos.  
— Gracias, madre, no esperaba  
de tu amor otro consuelo,  
dile al Virrey, lo que sabes,  
que mi corazón ha muerto.

Y se agregó aquella casa,  
por voluntad de su dueño,  
al santo asilo en que pronto  
encontró Clara el sosiego.  
Y cuando tornó don Carlos,  
que estaba fuera de Méjico,  
buscando á la hermosa niña  
causa de un lance funesto,  
halló zaguán y balcones  
cual nichos de cementerio  
cerrados ya para siempre  
y para siempre de duelo.  
Don Carlos aprendió entonces  
que el amor es niño ciego  
á quien nunca lo deslumbra  
el oro ni el valimiento.

El amor nunca se compra  
cuando es amor verdadero,  
y querer arrebatarle  
de sus ansias al objeto,  
es sólo abrir un abismo  
insondable, horrible, eterno,  
donde el suspiro es alivio  
y las lágrimas consuelo.

## LA CALLE DEL TOMPEATE

## I

Don Antonio Casa Abad  
nació en Castilla la Vieja  
en heredad vasta y propia  
con grandes trabajos hecha.

Y sabiendo que las Indias  
lugar de ganancias era,  
se vino á la Nueva España  
en pos de ricas empresas.

Muchos á mal le tuvieron  
tan aventurada idea,  
mas él buscó sin temores  
otra gente y otra tierra.

Ya en Méjico radicado,  
abrió magnífica tienda  
que fué en la calle del Águila  
la más grande y la primera.

Buen cristiano don Antonio  
y de relevantes prendas,  
con caritativa mano  
siempre alivió la miseria.

Y era de verse agolpados  
los sábados, en sus puertas,

más de cien pòbres que siempre  
calmaron sus hondas penas.

Amigos del castellano,  
dueños de sus confieencias  
fueron tres paisanos suyos  
cuyos nombres se conservan.

Muñetón era el más joven,  
Duñeto el de edad proveccta  
y López el que frisaba  
muy cerca de los cuarenta.

Costumbre no interrumpida  
en ellos, y muy añeja,  
era quedar cada noche,  
cuando cerraban la tienda,

con el dueño conversando  
en derredor de una mesa  
y jugando á la malilla  
pasarse las horas muertas.

Cada cual manifestaba  
sobre distintas materias  
su parecer, respetando  
las opiniones ajenas;

y así del gobierno hablaban  
lo mismo que de la Iglesia,  
cortando al Rey y al Obispo  
con unas mismas tijeras.

Casa Abad era un buen hombre  
y no concibió sospechas  
de que sus tres compañeros  
eran malos como hienas.

Cada noche al despedirse,  
ellos sin grandes reservas  
de su dolo y su perfidia  
daban con sus frases pruebas.

- Di, Muñetón, ¿ si el tesoro de Casa Abad lo tuvieras ?...
- Calla ; entonces no estaría vendiendo sal y pimienta.
- Mucho dinero escondido ha de tener este hortera.
- Y que no le sirve á nadie porque es hijo de las hierbas.
- Tendrá en Castilla familia.
- La de las malvas, babieca, ¿ no ves que nadie lo busca ni le escriben una letra ?
- Pues si de un instante al otro don Antonio se muriera...
- Entre curas y alguaciles se disputarán la herencia.
- No le hace falta á ninguno.
- ¡ Vamos hombre ! ; ni á las piedras !
- Y no pierde en la malilla, ya lo veis, ni una peseta.
- Ni nos da un trago de vino.
- Ni un bollo.
- Ni una ciruela.
- Es mentecato.
- Y avaro.
- Y usurero...
- Y yo quisiera...
- ¿ Qué cosa ? dilo sin miedo.
- És grave.
- Mueve la lengua.
- Pero después...
- No vaciles.
- Y si al fin...
- Larga la prenda.
- Pues bien, dijo López, quiero, si tenéis valor...
- Y á prueba

- de golpes muy repetidos.
- Es cosa de gran reserva.
- No sigas con más ambajes.
- Hombre, al decirlo me tiembla el corazón, ¿ seréis mudo ?
- De igual modo que las piedras.
- Vamos sin ningún escrúpulo en alguna noche de estas, torciéndole á Antonio el cuello y á ser ricos por su cuenta !
- ¡ Hombre !
- ¿ Qué dices ?
- Es chanza y tembláis como unas hembras
- La cosa no es para menos ; pero en fin, si bien se piensa.
- No le sirve á Dios ni al diablo.
- Es la verdad.
- No remedia el hambre de ningún pobre ni ampara viudas y huérfanos.
- Y el pan que reparte...
- Es duro, capaz de romper las muelas.
- ¿ Y el dinero ?
- El que da es falso, pues de no ser no lo diera.
- Si no hace falta, ni sirve, ni deudos que sufran deja, podremos torcerle el cuello.
- Y aun cortarle la cabeza.
- Hay que no dejar que corra el tiempo ; en tales empresas lo mejor es lo más pronto y el retardo caro cuesta.
- ¿ Mañana ?
- Si se pudiere...

— Bien, pues guardemos reserva  
y á dormir, pronto seremos  
dueños de muchas talegas.

— Discreción.

— No hay que encargarla,  
que en ocasiones como esta  
bien pue le decirse, amigos :  
¡ la vida guarda la lengua !

Y los tres se despidieron  
tomando distintas sendas  
y pintando en sus semblantes  
sus intenciones siniestras.

## II

No habían brillado dos soles  
después de aquellas palabras,  
cuando hallaron los vecinos  
la rica tienda cerrada.

Muchas gentes que acudieron  
á la compra en la mañana,  
volviéronse sorprendidas  
de no hallar lo que buscaban.

Jamás en los muchos años  
que acreditaron su fama,  
le dió á nadie en tales horas  
con las puertas en la cara.

Absortas de la clausura  
las gentes se preguntaban :

— « ¿ Don Antonio estará en quiebra ?  
¿ Estará enfermo ? ¿ Qué pasa ? »

Y no faltaron curiosos  
que por inquirir la causa  
de tan extraño suceso  
de allí no se separaran.

Por fin logró la noticia  
llegar á regiones altas  
y los guardianes del orden  
tomaron en ello cartas.

Para abrir aquellas puertas  
les fué preciso forzarlas,  
poniendo un dique á la plebe  
con buen número de guardias.

Al crujir los duros goznes  
que un quejido remedaban  
reflejóse en los semblantes  
curiosidad, miedo y ansia.

Y en un instante surgieron  
con esplendores de llama,  
de los espantados ojos  
indagadoras miradas.

Alguaciles y corchetes  
penetraron en la casa  
hallando en el pavimento  
un charco de sangre humana.

Escondrijos y rincones  
exploraron sin tardanza  
hasta quedar cerciorados  
de que nadie oculto estaba.

Y después de las pesquisas  
en tal caso necesarias  
y de mil consultas hechas  
con misterio y en voz baja,

del ensangrentado piso  
alzaron las toscas tablas  
manifestando en sus rostros  
la sorpresa más extraña ;

como que en el negro fondo  
entre el fango y entre el agua,

de un cuerpo humano esparcidos  
los yertos miembros estaban.

Tan espantosa noticia  
por la ciudad cundió rápida  
que para todo lo triste  
los heraldos tienen alas.

Del mutilado cadáver  
en tan espaciosa estancia,  
no se encontró la cabeza  
por más que fué bien buscada.

Y fueron vanos intentos  
encontrar cual se anhelaba  
á los que el pueblo supuso  
autores de tal infamia.

Dice una crónica antigua  
que un rapaz una mañana  
por las calles de Mezones  
vió en la acequia que la traza

flotar un bulto pendiente  
de una cuerda muy delgada,  
y que lo sacó, seguro  
de que algo bueno encerraba.

Era una cesta flexible  
de esas tejidas de palma  
cuyo nombre se deriva  
de la lengua mejicana.

Cuando la tuvo en las manos  
y la desató con ansia  
con inexplicable susto  
halló una cabeza humana.

Un curioso acudió á verla  
y dijo aquestas palabras :  
« Esa es la de don Antonio  
el de la calle del Aguila ».

## III

Pronto logró la justicia,  
que trabajó con gran celo,  
aprisionar en sus redes  
á los principales reos.

Pronto á la cárcel de corte  
Muñetón y López fueron,  
librándose por milagro  
de la indignación del pueblo.

El otro marchó á esconderse  
en el hermoso convento  
que fué con los Carmelitas  
Oasis en el Desierto.

No faltó quien descubriera  
al alcalde este secreto  
y á sacarlo de aquel claustro  
marcharon con grande empeño

Y cuentan las tradiciones  
que cuando entraron á verlo  
y supo que lo buscaban  
para conducirlo á Méjico,

se abrazó de una columna  
con tanta fuerza y denuedo  
que apartarlo de aquel sitio  
ni entre muchos consiguieron.

Entonces los religiosos  
con lágrimas y con ruegos  
y considerando el caso  
como un extraño portento,

negáronse á que saliera  
de aquel recinto, diciendo  
que estaba en lugar sagrado  
donde lo amparaba el cielo.

Atendiendo á estas razones  
logró salvarse Duñeto  
sentenciándolo á que nunca  
dejara el claustro ni el templo.

Para Muñetón y López  
de salvación no hubo medio  
y ahorcáronlos en la plaza  
con satisfacción del pueblo.

Con hopa y capucha negras  
al patíbulo subieron,  
quedando á vista de todos  
hasta que el sol se hubo puesto.

Y agregan los narradores  
de tan horribles sucesos  
que nunca la rica tienda  
se volvió á abrir al comercio.

Y que entre muchas consejas  
hubo en tan remotos tiempos  
la de que ambos asesinos  
de la noche en el silencio

rondaban, andando en pena,  
el lugar triste y siniestro  
donde por artes del diablo  
un gran crimen cometieron.

Y que rumbo á Cuajimalpa  
iban en pos del convento,  
para presentarse juntos  
á su antiguo compañero.

Y así lo dice la fama  
y así al lector se lo cuento,  
diciéndole como siempre :  
« Ni lo afirmo, ni lo niego ».

## LA VIRGEN DE LA PIEDAD

(2 DE FEBRERO DE 1652).

TRADICIÓN DE LA IGLESIA DE LA PIEDAD

### I

Un religioso dominico  
varón noble, humilde y sabio  
á quien con amor llamaban  
el *piadoso* sus hermanos,

salió de Méjico á Roma  
con el especial encargo  
de hallar un pintor de fama  
para encomendarle un cuadro.

Tratábase de una imagen  
que inspirase fervor santo,  
la Virgen inmaculada  
con Jesucristo en los brazos.

Era aquel fraile devoto  
de la Piedad, y lo enviaron  
para que hiciese á su gusto  
la elección de tal trabajo.



À tan venerable Virgen  
con oro y con entusiasmo  
los dominicos estaban  
erigiéndole un santuario.

Escogieron como sitio  
más propicio para el caso,  
por su natural belleza  
su posición y su espacio,

uno, junto á la calzada  
que hizo en mil seiscientos cuatro  
don Juan de Mendoza y Luna,  
el marqués de Montes Claros,

y que Torquemada y Zárate  
con destreza nivelaron,  
pues eran en esas obras,  
en su tiempo, los más sabios.

El sitio fué en sus principios  
un miserable pantano,  
y más tarde convirtióse  
en ventorrillo ignorado.

Allí levantóse el templo  
y contiguo al templo el claustro,  
con gran número de celdas,  
de corredores y patios.

Para engrosar los recursos  
en obra de tal tamaño  
y que no la interrumpieran  
por falta de numerario,

el Virrey dió fuertes sumas,  
los mineros lo ayudaron  
y así se acabó el convento  
al correr de pocos años.

Artistas de limpios nombres  
las bóvedas decoraron

y á los muros laterales  
dieron con su genio ornato.

Sólo en el altar del fondo  
quedaba desnudo un claro  
mientras llegaba de Roma  
el principal de los cuadros.

Como en todas las edades,  
las obras de los extraños  
juzgábanse las mejores  
y las de precio más alto;

por esto esperaban todos  
que cruzara el Océano,  
viniendo á nuestros verjeles  
á causar asombro y pismo,

la más hermosa pintura  
que vieron ojos humanos  
digna y acabada imagen  
de la Reina de los Santos.

Tardábase el religioso  
por los fieles esperado  
y sin él no se podía  
abrir el nuevo santuario.

Temiendo que hubiera muerto  
ó que algún desastre amargo  
le impidiera de algún modo  
su misión llevar á cabo,

hicieron en su convento  
rogativas y sufragios  
y entraron en ejercicios  
los frailes dominicanos.

Alzábase el nuevo templo  
entre pintorescos álamos  
como un alcázar de nieve  
en esmeralda engarzado.

Ya coronaba sus muros  
un esbelto campanario,  
con la cruz que muestra el cielo  
y al dolor abre los brazos.

Ya los altares tenían  
para el culto sacrosanto  
lo que la liturgia pide  
y los cánones marcaron.

Sólo para abrir las puertas  
y llamar á los cristianos  
y bendecir el recinto  
y empezar rezos y cantos,

se esperaba al sacerdote  
trayendo en sus nobles manos,  
de la Virgen y el Dios vivo  
los más hermosos retratos.

¿Qué pasaba allá á distancia,  
tras de los mares revueltos,  
con aquel comisionado  
esperado tanto tiempo?

Llegó el religioso á Roma,  
y como sabio y discreto,  
para hallar un buen artista  
siguió prudentes consejos.

Buscó al que le señalaban  
como el mejor de aquel tiempo  
y al que los de más renombre  
reputaban el primero.

Hablaron de su propósito  
y bien pronto convinieron  
en la condición del cuadro,  
en su símbolo y su precio.

El artista, con la ruda  
franqueza que tiene el genio,

dicen que habló al religioso  
con estos claros conceptos :

— El cuadro que se me encarga  
lo haré como os lo pidieron,  
mas no me exijáis un plazo  
ni me limitéis el tiempo.

— Es que precisa que vaya  
á entregarlo, cuando menos  
á los seis meses contados  
desde este mismo momento.

— Yo así no trazo una línea,  
pues sólo á pintar me atrevo  
si la inspiración me empuja,  
sin darme cuenta, hacia el lienzo.

— ¡ Pero en seis meses !

— Ignoro  
si estaré inspirado en ellos.

— ¿ Cuándo acabaréis entonces ?

— Señalar plazo no puedo.

— Bien — dijo el fraile, — es posible  
que Dios que impulsa lo bueno  
os inspire antes de mucho  
y me vaya pronto á Méjico.

— Es posible...

— Á vuestro cargo  
dejo todo...

— Lo agradezco.

— Pintad pensando que pronto  
se tiene que abrir el templo.

— Ábranlo sin mi pintura.

— Es imposible.

— No acierto.

— El altar mayor espera,  
para consagrarse, el lienzo.

Y se separaron ambos  
y los seis meses corrieron  
y el artista con angustia  
solicitó plazo nuevo.

Y trascurrió el nuevo plazo  
y otro más, y al año y medio  
el religioso le dijo  
de pena y tristeza enfermo :

— Nada tenéis ; os perdono :  
¿ qué dirán al ver que llego  
sin dar á mi encargo fácil  
el debido cumplimiento ?

— Algo he pintado aunque es poco.  
— Dádmelo, porque así al menos  
probaré que no es mi culpa  
volver así como vuelvo.

— Es un boceto muy débil.  
— Bien está, dadme el boceto,  
y allá buscaré un artista  
que lo acabe en poco tiempo.

— ¡ Allá un artista ! ; estáis loco !  
¡ Artistas allá ! es un sueño ;  
¡ Nadie me corrige en Roma,  
pues soy en Roma el primero !

— Pero Dios está con todos,  
y en Dios descanso y espero.  
— ¿ Mas contáis con un artista ?  
— ¡ Y no contáis con el cielo !

— Los ojos del religioso  
al decir tales conceptos  
brillaban como dos soles  
irradiando vivo fuego.

Lo halló el pintor tan hermoso,  
tan sublime, tan angélico,

que temblando y de rodillas  
le entregó al punto el boceto.

Y ya con él en las manos  
salió de aquel aposento  
dejando brillante estela  
como un bólido en los cielos.

Y un mes después de esta escena  
se embarcó con rumbo á Méjico  
y en alta mar sorprendióle  
el equinoccio de invierno.

Una tempestad horrible  
azotó cual frágil leño  
la barca en que navegaba,  
de morir estando en riesgo.

En la Estrella del mar pura,  
los ojos y el alma puestos,  
salvando de aquel naufragio  
de Veracruz llegó al puerto.

Y cuentan los narradores  
que cuando volvió al convento  
cohibido y avergonzado  
mostró á los frailes el lienzo.

Y con asombro de todos  
él y sus hermanos vieron  
la más hermosa pintura  
de la Reina de los Cielos.

Un pincel desconocido  
le dió vida á aquel boceto  
y nada faltaba al cuadro  
que deslumbraba por bello.

Pronto adornó aquella imagen  
el altar mayor del templo,  
y al saberse aquel milagro,  
aquel extraño portento,

con grande fervor llegaban  
á pedirle amparo eterno  
los pobres, los delincuentes,  
los desvalidos, los huérfanos.

Y admiraban los hechizos  
del cuadro, humildes creyendo  
que lo pintó sin ser visto  
el Artífice Supremo.

## DEL ESCENARIO Á LA CELDA

LEYENDA DE LA CALLE DE LAS DAMAS  
(1726)

### I

Hermosa como la estrella  
de la alborada de mayo  
fué en Méjico hará dos siglos  
doña Ana María de Castro.

Ninguna logró excederle  
en la elegancia y el garbo  
ni en los muchos atractivos  
de su afable y fino trato,

Sus maneras insinuantes,  
su genio jovial y franco,  
su lenguaje, clara muestra  
de su instrucción y su rango;

su talle esbelto y flexible,  
sus ojos como dos astros  
y las riquisimas joyas,  
con que esmaltó sus encantos,

la hicieron en todo tiempo  
la más bella en el teatro,

la mejor por sus hechizos,  
la primera en los aplausos.

Los atronadores vivas,  
los gritos del entusiasmo  
siempre oyó, noche por noche  
al pisar el escenario.

En canciones, en comedias,  
en sacramentales autos,  
ninguna le excedió en gracia,  
ni le disputó los lauros.

Doña Ana entre bastidores  
era de orgullo tan alto,  
que á todos sus compañeros  
trató como á sus lacayos.

Las maliciosas hablillas,  
los terribles comentarios,  
los epigramas agudos  
y los rumores más falsos,

siempre tuvieron origen,  
según el vulgo, en su cuarto,  
centro fijo en cada noche  
de los jóvenes más guapos.

Allí en torno de una mesa  
se charlaba sin descanso,  
sin escrúpulos ni coto  
de lo bueno y de lo malo.

Si la gazmoña chicuela  
del marqués, ama á Fulano,  
y si éste le guiña el ojo  
escondido en algún palco;

si la esposa de un marino  
mira con afán extraño  
al alabardero Azunza  
que de algún noble está al lado;

si el Virrey fijó sus ojos  
con interés en el patio  
como en busca de un amigo  
que subiera á acompañarlo;

sobre el último alboroto  
de tal calle y de tal barrio  
con alguaciles, corchetes,  
mujerzuelas y soldados.

La actriz risueña y festi  
oyendo tales relatos  
á todos daba respuestas  
como experta en cada caso.

Algunos por conquistarse  
su pasión más que su agrado,  
sin lograr sus esperanzas  
grandes sumas se gastaron;

otros con menos fortuna  
sólo anhelaban su trato  
viviendo como satélites  
en derredor de aquel astro.

Ana, radiante de gloria,  
miraba con desenfado  
á los opulentos nobles  
que eclipsara con su encanto.

Y en la sociedad más alta  
censuraban su descaro  
creyéndola una perdida  
foco de vicios y escándalos.

Mas no hay crónica que ponga  
tan duros juicios en claro,  
ni nos diga que á ninguno  
se rindió por los regalos.

Ella protegió conquistas  
de sus amigos más francos,

y quizá empujó al abismo  
á los galanes incautos.

Astuta é inteligente  
guardó en su amor tal recato  
que tan valioso secreto  
no han descubierto los años.

Se habla de un Virrey que estuvo  
de doña Ana enamorado,  
mas la historia no lo afirma  
ni puedo yo asegurarlo.

Mujer hermosa y ardiente,  
de genio y en el teatro,  
por la calumnia y la envidia  
tuvo medidos sus pasos.

## II

Por sabias disposiciones  
dictadas con gran acierto,  
las actrices habitaban  
muy cerca del coliseo.

Este se alzó por entonces  
entre el callejón estrecho  
que del Espiritu Santo  
llamamos en nuestro tiempo

y la calle de la Acequia,  
en los solares extensos  
que hoy las gentes denominan  
calle del Coliseo Viejo.

Y cerca en vecina calle  
que por tener un colegio  
destinado á las doncellas  
« de las niñas » llama el pueblo,

las artistas del teatro  
buscaron sus aposentos,

y de « las Damas » llamóse  
á tal motivo aludiendo.

Una noche gran tumulto  
turbó del barrio el sosiego,  
á los más graves vecinos  
levantando de sus lechos;

los jóvenes elegantes  
formando corrillo inmenso,  
seguidos de gente alegre  
y poco amiga del sueño,

á la puerta de una casa  
su carrera detuvieron  
acompañando sus trovas  
con sonoros instrumentos.

— « Serenata á la de Castro »,  
dijo al mirarlos un viejo.

— ¿ Y por qué así la celebran?  
preguntó un mozo indiscreto.

— ¡ Cómo por qué ! dijo alguno;  
el Virrey loco se ha vuelto  
y prendado de la dama  
ordena tales festejos.

— ¡ El Virrey !

— Así lo dicen.

— ¡ El Virrey !

— Ni más ni menos ;

y allí cantan edecanes,  
corchetes y alabarderos.

— ¿ Será posible ?

— Miradlos...

— ¡ Qué locuras !

— ¡ Y qué tiempos !

— Los oidores están sordos.

— Al menos están durmiendo.

*Trme ame peza*

— ¡ Turbar en tan altas horas  
la soledad y el silencio!  
— Y alarmar á los que viven  
con recato en los conventos.  
— ¡ Y por una mujerzuela!  
— ¡ Una farsanta que ha puesto  
como á Job á tantos ricos  
que están limosna pidiendo!  
— ¿ Y la Inquisición?  
— Se calla.  
— ¿ Y la mitra?...  
— ¿ Y el Gobierno?  
— Doña Ana domina á todos  
con su horrible desenfreno.  
— ¿ Y es hermosa?  
— Cual ninguna.  
— ¿ Joven?  
— ¡ Y de gran talento!  
— Y con dos ojos que vierten  
las llamas del mismo infierno.  
— Con razón con sus hechizos  
vuelve locos á los viejos.  
— El Virrey no es un anciano.  
— Ni tampoco un arrapiezo.  
— Pero escuchad lo que dicen  
cantando esos bullangueros.  
— Es el descaró más grande  
tal cosa decir en verso.  
Y al compás de la guitarra  
vibraba claro el acento  
de un doncel que así decía  
en obscura capa envuelto :  
— « Sal á tu balcón señora  
que por mirarte me muero,

piensa en que por ver tus gracias  
el trono y la corte dejo ».

— Más claro no canta un gallo.  
— Y todos lo estáis oyendo.  
El Virrey deja su trono  
por buscar á la...

— Silencio.

— ¡ Cómo está la Nueva España!  
— ¡ Pobre colonia!

— Me atrevo

á decir que no se ha visto  
cosa igual en todo el reino.

Y los del corro cantaban,  
y al fin todos aplaudieron  
al mirar que la de Castro  
á su balcón salió luego.

— ¡ Vivan la luz y la gracia,  
la sandunga y el salero!

— Ya asomó el sol en oriente.

— ¡ Ya el alba tiñó los cielos!

Y doña Ana agradecida  
buscando á todos un premio  
llevó la mano á los labios  
y al grupo le arrojó un beso.

Creció el escándalo entonces;  
rayó en locura el contento  
y volaron por los aires  
las capas y los sombreros.

Cerró su balcón la dama,  
apagáronse los ecos,  
dispersáronse las gentes  
y todo quedó en silencio.

III

Con grande asombro se supo,  
trascorridas dos semanas

desde aquella escandalosa  
aunque alegre serenata,

que las glorias de la escena,  
los laureles de la fama,  
el brillo y los olopeles  
de la carrera dramática,

por inexplicable cambio,  
por repentina mudanza,  
sin reserva y sin esfuerzo  
todo dejaba doña Ana.

Y alguno de los que saben  
cuanto en los hogares pasa  
y que exploran con cautela  
los secretos de las almas,

dijo á todos los amigos  
de artista tan celebrada  
que un sermón del Viernes Santo  
era de todo la causa.

El padre Matías Conchoso,  
cuya elocuente palabra  
los más duros corazones  
convirtiera en cera blanda,

al ver entre su auditorio  
á tan arrogante dama  
atrayéndose en el templo  
de los hombres las miradas,

habló de lo falso y breve  
que son las glorias mundanas;  
de los mortales pecados  
de los que viven en farsas;

de los escándalos graves  
que á la sociedad alarma  
cuando una actriz sin recato  
incautos pechos inflama;

y con tan vivos colores  
pintó la muerte y sus ansias  
y al infierno perdurable  
que al pecador se prepara,

que la de Castro, temblando,  
cayó al punto desmayada  
con el hechicero rostro  
bañado en ardientes lágrimas.

Sacáronla de aquel templo,  
condujéronla á su casa,  
y temiendo que muriera  
fueron á sacramentarla.

Cuando cesaron sus males  
y estuvo en su juicio y sana,  
en señal de penitencia  
resolvió dejar las tablas;

y vendió trajes y joyas;  
y las sumas que dejaran  
se las entregó á la Iglesia  
de su nuevo voto en aras.

Entró después de novicia,  
y su conducta sin mancha  
y su piedad y su empeño  
por vivir estando en gracia,

abreviaron sus afanes,  
la dieron consuelo y calma  
y tomó el hábito y nunca  
el mundo volvió á mirarla.

Fueron tales sus virtudes  
y sus hechos de enclaustrada,  
que cuentan los que lo saben  
que murió en olor de santa.

Por muchos años miróse  
la celda pequeña y blanca



que ocupó en Regina Cexli  
la memorable doña Ana;

y aun se conservan los muros  
de la antigua estrecha casa  
en que vivió aquella artista  
en la calle de las Damas.

Pasó, dejando animosa  
riqueza, aplausos y fama,  
del escenario á la celda  
por la salvación del alma!

## LA CONSPIRACIÓN DE « LOS MACHETES »

LEYENDA DEL CALLEJÓN DE GACHUPINES

Ya en los últimos albores  
del siglo décimo octavo,  
pues para extinguir su vida  
sólo le faltaba un año,

germinaba en el misterio,  
en la sombra, en el recato,  
el afán de ver un día  
libre al suelo mejicano.

El rey don Carlos Tercero,  
de las Indias soberano,  
gran protector de las artes  
y de corazón magnánimo,

había ya reconocido  
sin duda, mal de su grado,  
la epopeya que con gloria  
Washington llevara á cabo.

Y al Rey, el conde de Aranda,  
que fué quien firmó el tratado,  
le aconsejó gran prudencia  
después de dar este paso.

« Señor — le dijo — los reinos  
tan ricos y dilatados  
que forman vuestros dominios  
y que son vuestros vasallos,

» pueden seguir el ejemplo,  
que en vuestro nombre he aprobado,  
de los audaces y fuertes  
hijos de los Puritanos;

» cuidad vuestras posesiones,  
y como os sirvo y os amo,  
á proponer un remedio  
atrevido me adelanto;

» dadle forma á los dominios,  
capaz en cualquiera caso,  
de resistir los embates  
de igual peligro y tamaño.

» El Perú, Nueva Granada  
y Méjico, están muy aptos  
para erigirles sus tronos  
que al vuestro queden ligados.

» Ocúpenlos tres infantes  
de vuestra sangre, tomando  
vos, de emperador el nombre  
y siendo siempre el más alto.

» Y así por los intereses  
mantendréis siempre compactos  
les reinos que son de España  
y pueden tornarse extraños ».

No paró mientes ni un punto  
en tal propuesta el rey Carlos,  
y tan prudentes consejos  
nunca fueron escuchados.

No anduvo torpe el ministro  
en hablar al Rey tan claro,

que al ver la nueva República  
libre de opresores lazos,

obedeciendo á su influjo  
con vigor se despertaron  
lo mismo en Nueva Granada  
que en Venezuela, los ánimos.

Y cundió hasta nuestra tierra  
aquel ardor sacrosanto  
que llegó á mover á un tiempo  
el pensamiento y los brazos.

En Méjico persiguióse  
sin distinción ni descanso  
á los franceses que habían  
á Nueva España arribado.

La Inquisición miró á muchos  
prisioneros en sus antros,  
y á los demás obligóse  
á vivir en suelo extraño.

Extendiéronse las iras,  
las sospechas, los amagos,  
contra algunos españoles  
y no pocos mejicanos.

Fué don José Antonio Rojas  
víctima de tales daños,  
y en Nueva Orleáns refugióse  
de persecuciones hartó.

De allí, sin miedo ni embozo  
mandó un extenso relato  
que en Méjico lo leyeron  
de la cabaña al palacio.

Daba cuenta en él de todos  
sus sufrimientos amargos,  
y así acababa diciendo  
con franqueza á sus paisanos :

« Ya los Estados Unidos  
son libres : ved este cuadro  
de ventura que os ofrecen  
y procurad imitarlo ».

Un edicto fulminante  
por la Inquisición lanzado  
excomulgó al que leyese  
escrito tan incendiario.

Mas á pesar del edicto  
cundió el fuego y no pasaron  
seis meses sin que se vieran  
los primeros resultados.

Don Juan Guerrero, venido  
de Filipinas, contando  
con hombres de valimiento  
como Valencia y Tamayo,

ya próximo á alzarse en armas  
el año noventa y cuatro,  
para quedar con el reino  
y de España libertarlo,

fué vendido en sus secretos  
ante el platero Caamaño,  
quien obligó al padre Vara,  
hombre tímido y fanático,

á comunicar los planes  
al arzobispo de Haro,  
que á Guerrero y á sus cómplices  
pronto puso á buen recaudo.

Tanto tiempo en las prisiones  
por su desgracia duraron,  
que unos murieron en ellas  
y otros fueron desterrados.

Al poco tiempo un marino  
aventurero y muy bravo,

don Francisco Antonio Vásquez,  
de linaje castellano,

al conde de Pérez Gálvez  
denunció un motín, tramado  
entre los nobles del reino  
para á los ingleses darlo.

Y luego, en noventa y nueve,  
en secreto se asociaron  
con don Pedro de Portilla  
trece altivos mejicanos.

Su fin era apoderarse  
del Virrey, cortar los lazos  
con España y ser ya libres,  
de sí mismos soberanos.

Èxpulsar ó dar la muerte  
á cuantos fueran contrarios  
á los fines y á las miras  
de todos los conjurados.

Descubierta aquella trama  
los esbirros encontraron  
lo que para dar el golpe  
se preparó de antemano.

En un callejón estrecho,  
y en casa de estrecho patio,  
*machetes* de punta y filo  
en gran número agrupados;

la Virgen de Guadalupe  
en medallas y en retablos  
y en unos y otros un mote  
espantoso y sanguinario :

« Si la España nos da muerte  
con un gobierno tirano,  
matemos aquí á sus hijos  
y sín sus hijos vivamos ».

Presos los conspiradores  
fué uno de ellos preguntado  
si era verdad el intento  
de matar á los hispanos.

« Y tan verdad — respondióles, —  
que hubiéramos empedrado  
el callejón de cabezas  
como lo está con guijarros. »

Lo supo el virrey Azanza  
y prorrumpió con sarcasmo :  
« Tortillas de Gachupines  
iban á hacer estos zánganos ».

Y ya quedó desde entonces  
de Gachupines llamado,  
el callejón que fué un día  
de sus ensueños teatro.

## ÍNDICE

PRÓLOGO . . . . .	v
El Indio Triste . . . . .	1
La Cruz Verde . . . . .	6
La Calle del Niño Perdido . . . . .	14
El Altar del Perdón. — Tradición del siglo xvi . . . . .	25
La Calle del Calvario. — Leyenda del Clavo . . . . .	30
El Callejón del Ave Maria . . . . .	40
El Señor del Rebozo. — Leyenda de la Calle de Santa Catalina de Sena . . . . .	49
El Primer Mártir. — Leyenda de la Calle Cerrada de Santa Teresa . . . . .	58
El Callejón del Beso. — Leyenda de la primera calle de Plateros . . . . .	65
En el monte está quien el monte quema. — Leyenda histórica del Convento de la Profesa . . . . .	73
El Reloj de Palacio. — Leyenda de las Calles del Reloj . . . . .	79
El Callejón de la Puñalada. — Leyenda del ex colegio de San Ildefonso, hoy Escuela Normal Preparatoria . . . . .	87
La Calle del Esclavo . . . . .	90
El Cacahuatal de San Pablo. — Echen más leña que mi dinero me cuesta. — Leyenda histórica . . . . .	103
La Calle de la Cadena . . . . .	112
La Calle de Xicotencatl . . . . .	117
El Callejón de Sal si puedes . . . . .	125
El Callejón de la Danza . . . . .	131
Juan Carbonero . . . . .	138
Calle de la Machincuepa . . . . .	144
Calle de la Canoa . . . . .	152
El Callejón del Garrote . . . . .	166
La Calle de los Donceles . . . . .	168
La Calle de Tiburcio . . . . .	179
La Sombra de Cuauthemoc. — Leyenda Popular . . . . .	190
El Callejón de López . . . . .	199
La Princesa Azteca . . . . .	206
Los Rebeldes (1.ª y 2.ª parte) . . . . .	214
El Hospicio de Pobres . . . . .	248